

cha al 16.º de cazadores tan á tiempo y con tanto vigor, que este regimiento arrolla á los ginetes austriacos encarnizados en perseguir á nuestros coraceros, y acuchilla á un buen número. En medio del tumulto el valiente España cae muerto de un balazo, y envuelto Bessieres con su ayudante de campo Baudru por los húsares, dispara las dos pistolas, y desembaina el sable para defenderse, cuando conociendo los cazadores de Lasalle el peligro, vienen á sacarle de él. Los coraceros se forman, vuelven á la carga, apoyados como siempre por Lasalle, y de este modo acometen muchas veces á la caballería austriaca, la contienen é impiden á Hohenzollern penetrar nuestro centro entre Essling y Aspern, y enviar un refuerzo á las dos columnas de Hiller y Bellegarde, que no han cesado de encarnizarse sobre Aspern.

Pero estas dos columnas son suficientes por sí solas para destruir en Aspern á los siete mil hombres de la division Molitor, que tiene ya una mitad fuera de combate, y se sostiene únicamente por el heroísmo de los coroneles Petit y Mariu, y del mismo general Molitor, que dando sin cesar ejemplo á sus soldados, se presentan á la cabeza en todos los ataques. Al fin el general Vacquand, bien secundado, consigue penetrar en Aspern, y apoderarse de ella casi del todo, despues de una lucha que dura cinco horas. El general Molitor va á ser rechazado de lo interior de aquella aldea, de tanto precio para nosotros, pues si la perdemos, somos arrollados sobre el puente del brazo pequeño, y quizá arrojados al Danubio. Afortunadamente con haber restablecido el puente grande, pasa á la caída de la tarde una brigada de coraceros de Nan-

souty, la de Saint-Germain, así como la division de infantería Carra Saint-Cyr, cuarta de Massena. Quedan pues recursos para hacer frente á los contratiempos imprevistos, y Massena puede disponer de la division Legrand que habia formado en fila detrás de Aspern como de reserva. Sitúa á Carra Saint-Cyr detrás con órden de vigilar el puente, y á la cabeza de la division Legrand entra en Aspern. El heroico Legrand, seguido del 26.º de infantería lijera y el 18.º de línea, los mismos regimientos con que habia tomado á Ebersberg, va á socorrer á Molitor sin fuerzas ya, atraviesa á paso de carga la calle ancha de Aspern, arrolla las tropas de Bellegarde al otro extremo de la aldea, y obliga al general Vacquand á tener que encerrarse en la iglesia. En el centro, Lannes, queriendo dejar espedito el punto medio de la línea, manda dar nuevas cargas á Bessieres. La division España ha perdido la cuarta parte de su gente; pero Nansouty, con la brigada de coraceros de Saint-Germain, ocupa el puesto de los coraceros de España, carga vigorosamente á la infantería austriaca, y prolonga la resistencia, la cual no es posible en aquel punto sino con caballería. Desbarátase de nuevo á la infantería de los austriacos, pero vuélvese á atraer su caballería, que se arroja sobre nuestros coraceros, y Marulaz reemplazando á Lasalle agobiado de cansancio, empieza á hacer con el 23.º de cazadores lo que Lasalle ha hecho dos horas antes con el 16.º: socorre á nuestros coraceros, rechaza á los del enemigo, y cae en seguida sobre varios cuadros. Dentro de uno de ellos, pierde el caballo, y vá á ser cogido ó muerto, cuando sus cazadores, atraidos por sus gritos, lo libertan, le dan



un caballo, y regresan pasando por en medio de una línea de infantería.

Hacia seis horas que duraba aquella lucha obstinada, disputándose la infantería en Aspern y Essling ruinas ó casas ardiendo; y la caballería entre las dos aldeas la llanura, una encarnizada-mente y otra á sablazos. El archiduque Carlos creyendo que bastante habia hecho con detener al ejército francés en el desembocadero del puente, y lisonjeándose de arrojarlo al Danubio á la mañana siguiente, tomó el partido de suspender el fuego, para proporcionar á sus tropas descanso, acercar las masas, y sobre todo traer á la línea de formación la reserva de los granaderos que se habia quedado en Breitenlée.

Napoleon por su parte, habiendo asistido personalmente á aquella primera batalla, bajo las balas de cañon que se cruzaban entre Aspern y Essling, habia conservado toda su confianza. Aunque la mitad de la division Molitor yacia en tierra en las calles y casas de Aspern, aunque habia perecido bajo una lluvia de metralla la cuarta parte de los coraceros de España, y los cazadores de Lasalle y Marulaz, no dudaba del resultado, si podia hacer ir todavía unos veinte mil hombres, y especialmente los parques de municiones, por los puentes del Danubio. Los nuestros pasaban por el puente grande, á pesar de la avenida cada vez mas fuerte, y á pesar de los cuerpos flotantes que el Danubio fuera de madre arrastraba en su curso. Ya eran troncos de enormes árboles arrancados de raíz por las aguas, ya barcos que estaban en seco en la orilla, y que el rio ponía á flote con la crecida, ya, en fin, gruesos molinos inflamados que

lanzaba el enemigo con la intencion de destruir nuestro único medio de comunicacion, siendo menester á cada momento ó apartar aquellas masas flotantes, ó reparar las brechas que hacian en nuestros puentes, empleando para ello barcas de reposito. El paso continuo contribuía tambien á cansar aquellos puentes, y se veía de vez en cuando las barcas casi sumergidas con el peso de los trenes de batir, teniendo nuestros soldados que pasar con los pies en el agua, lo cual era causa de que el desfile fuese mas lento. Sin embargo, los generales Pernetti y Bertrand estaban asegurando siempre, que mantendrian corriente el paso, y que al abrir el dia habrian llegado á Ebersdorf el cuerpo de Lannes, la guardia, quizá las dos divisiones del mariscal Davout, y sobre todo el parque de artillería cargado de municiones. Aunque Napoleon no hubiera tenido sino parte de sus tropas, como tuviese sus parques estaba seguro de acabar de una vez con el enemigo, y decidir entre Aspern y Essling la suerte de la casa de Austria. Mandó, pues, aprovechar el respiro que nos dejaba el enemigo para conceder á las tropas que se habian batido un descanso que tanto necesitaban, y vivaqueó detrás del bosque delante del puente pequeño, para presenciarse el paso de sus cuerpos de ejército, que debian emplear toda la noche en desfilar. En el momento en que él tambien iba á tomar un poco de descanso no se lo permitió una fuerte disputa que se habia trabado entre dos de sus principales lugartenientes: era Bessieres que se quejaba del lenguaje que Lannes habia usado al darle órdenes. Massena, que estaba presente, tuvo que contener á aquellos dos hombres valerosos, que despues de



haber sufrido un día entero el fuego cruzado de trescientas piezas de artillería, estaban dispuestos á echar mano á la espada en defensa de su orgullo ofendido. Napoleon calmó su reyerta que el enemigo debía terminar al día siguiente del modo mas cruel para ellos y para el ejército.

El desfile interrumpido á menudo, continuó durante parte de la noche; pero á eso de las doce volvió á romperse el puente grande, y ya era la tercera vez que esto sucedía. El Danubio, que al principio subió siete pies, acababa de subir otros siete mas, de suerte que la crecida era de catorce pies. La fortuna volvía, pues, á dar á Napoleon muestras de inconstancia, ó por mejor decir la naturaleza de las cosas, que no se pliega á la voluntad de los conquistadores, le daba nuevos avisos! Empero si era una falta haber querido pasar el Danubio en la estacion de súbitas avenidas, y con un material insuficiente, no era cosa de retroceder ahora, y habiendo como habia pasado una porcion del ejército, era preciso sostenerla y salir de aquel mal paso á fuerza de energía. Los generales Bertrand y Pernetti volvieron á emprender la obra para reparar el puente grande, y afirmaron una y otra vez que mantendrian corriente el paso. Efectivamente, antes del amanecer, estaba reparado el puente y la comunicacion restablecida. La brillante division Saint-Hilaire, las dos divisiones de Oudinot (las tres componian el cuerpo de Lannes), la guardia de á pie, una segunda brigada de coraceros de Nansouty, toda la artillería de los cuerpos de Massena y Lannes, una reserva de artillería agregada á los coraceros, dos divisiones de caballería lijera, y, por último, la corta division De-

mont, formada con los cuartos batallones del cuerpo de Davout, pasaron antes que se concluyera la noche y empezara á alborear, continuando el desfile los parques tambien entre los huecos de cada cuerpo. De este modo los veinte y tres mil hombres con que habia empezado la batalla el día antes y que por la noche ascendian á treinta mil con la llegada de la division Carra Saint-Cyr y los coraceros de Saint-Germain, se aumentaron hasta unos sesenta mil con las tropas que efectuaron el paso el 22 por la mañana. Esto era bastante para vencer; pero desgraciadamente la artillería no era suficiente, pues Lannes, Massena y la caballería pesada no tenian arriba de ciento cuarenta y cuatro piezas, y era preciso contrarrestar el empuje de trescientas bocas de fuego que los austriacos podian poner en batería. Con todo, si con treinta mil hombres y cincuenta piezas de artillería, se habia contenido á los austriacos la vispera, se debía batirlos hoy con sesenta mil y ciento cincuenta bocas de fuego. La cosa era segura siempre que no faltasen las municiones. Por lo demas, el puente se mantenía firme, y estas seguian llegando.

Al rayar el día todo el mundo estaba en pie en ambos ejércitos, y desde las cuatro de la madrugada se habian estado haciendo fuego los tiradores. Napoleon, que casi no habia descansado, estaba á caballo, rodeado de sus mariscales, y dándoles órdenes con la mayor confianza, pues al ver cuanto habia pasado no dudaba acabaria la guerra aquel mismo día. Massena debía volver á ocupar á Aspern enteramente, y conquistar la iglesia, que habia quedado en poder del general Vacquand. Lannes estaba encargado de rechazar todos los ataques



que iban á renovarse contra Essling, y luego, aprovechando la disposicion del enemigo que consistia como siempre en un vasto semicírculo, debía atravesarlo por el centro con un empuje vigoroso de nuestra derecha llevada bruscamente hácia adelante. El mariscal Davout, dos de cuyas divisiones se hallaban en Ebersdorf á la otra parte del Danubio, y á quien se esperaba dentro de algunos instantes, debía, dirigiéndose detrás de Lannes, protegerle por la derecha, durante el movimiento que este iba á hacer.

Con arreglo á estas miras, corrieron Massena Lannes, uno á Aspern y otro á Essling. Apreciando en todo su valor la necesidad que habia de ligar bien á Aspern con el Danubio, Massena habia colocado toda la division Molitor en el corto islote de la izquierda, pues aquel puesto con sus débiles medios de defensa, un pequeño canal que lo resguardaba, los árboles, y un espaldón de tierra que el ingeniero Lazowski habia levantado por la noche bastaba á la energia de la division Molitor, aunque habia quedado reducida de siete mil hombres á cuatro mil. La division Legrand se habia batido al anochecer del dia anterior en Aspern, y manteníase allí: Massena le dió por apoyo la division Carra Saint-Cyr, á la cual reemplazó la division Demont en la custodia del puente pequeño. Tambien dirigió Napoleon sobre Aspern los tiradores de la guardia imperial, con cuatro piezas de artilleria, á fin de que aquella tropa bisoña y recién formada, hiciese su estreno á las órdenes del intrépido Massena.

En Essling, dejando Lannes al general Boudet que cuidara de guardar lo interior de la aldea, si-

tuó á la izquierda y por delante, en el hueco que quedaba entre Aspern y Essling, la division Saint-Hilaire primero, y luego mas á la izquierda, hácia el centro las dos divisiones de Oudinot, los coraceros, los húsares y los cazadores: estos últimos sirvieron de enlace con el cuerpo de Massena por debajo de Aspern. Detrás en el centro, se quedaron de reserva los fusileros de la guardia y la misma guardia veterana. No obstante, esta hermosa tropa formó un corchete hácia Essling, para cerrar el espacio que separaba á la aldea del Danubio, espacio abierto, por el que podia tener el enemigo intenciones de penetrar desde que era dueño de la corta poblacion de Enzersdorf. Ademas se proveyó tambien á este peligro por medio de una fuerte batería de á 12, que colocada al otro lado del brazo pequeño, cogia en banda el terreno de que se trata. La artilleria se dispuso en los huecos de aquella línea de batalla, para secundar el empuje de todas las armas.

En este orden es como volvió á principiarse la lucha por la mañana. Massena resolvió desalojar al general Vacquand de la iglesia, situada al extremo occidental de Aspern, donde éste se habia atrincherado, y con tal objeto envió al general Legrand el auxilio de dos regimientos de la division Carra Saint-Cyr: estos regimientos eran el 24.º de lijeros y el 4.º de linea, acostumbrados á servir juntos. El coronel Pourarailly, oficial excelente, marchó con la celeridad que permitian los cadáveres amontonados en la ancha calle de Aspern, y se dirigió sobre la iglesia, donde se hallaban desde muy temprano los generales Hiller y Bellegarde, encargados como siempre de obrar contra Aspern. Mien-



tras que el regimiento núm. 24.º venia á las manos con ellos, vió le habia dejado atrás á lo largo de una calle lateral una columna austriaca que atravesaba la aldea en direccion contraria. El 4.º regimiento, mandado por el valiente coronel Boyeldieu, dando un rodeo á la derecha, cortó la columna que habia avanzado paralelamente, y se apoderó de los dos batallones que la componian. Luego los regimientos 24.º y 4.º, conducidos por Legrand, se arrojaron sobre la iglesia y el cementerio, y echaron de allí á los austriacos. Por su parte la division Molitor, situada en el islote á la izquierda, y resguardada con derribos, mataba á balazos á todos los tiradores austriacos que llevaban su atrevimiento hasta ponerse al alcance de sus fusiles.

Habia llegado el momento de ejecutar el movimiento ofensivo proyectado sobre el centro de los austriacos, pues mientras que los generales Hiller y Bellegarde eran rechazados de Aspern, Rosenberg, formado como siempre en dos columnas, tenia que mantenerse distante de Essling por los fuegos de la division Boudet, y en medio del semicírculo que presentaba el ejército austriaco solo se veia el cuerpo de Hohenzollern débilmente ligado con el de Rosenberg por la caballería de Liechtenstein y apoyado desde muy lejos por la reserva de granaderos. Era dudoso que el centro de los austriacos pudiera resistir á veinte mil infantes y seis mil caballos que Lannes iba á arrojar sobre él.

Efectivamente, Lannes, así que Napoleon da la señal, se pone en movimiento para ejecutar el ataque de que está encargado, y dejando á Boudet en Essling, avanza llevando la derecha á la ca-

beza, sobre el centro de los austriacos. La division Saint-Hilaire es la primera en el orden de marcha, y va formada en columnas cerradas, disposicion que ofrece asidero á las bombas, pero que presenta una solidez á prueba de todo choque. Mas á la izquierda, y algo detrás, las dos divisiones Clapartede y Tharreau avanzan en seguida en el mismo orden, presentando una série de escalones. Mas á la izquierda y mas detrás, la caballería forma el último de estos escalones dirigidos sobre el centro del enemigo.

Lannes las pone en movimiento con el vigor que despliega en todos sus ataques. El 57.º de línea de la division Saint-Hilaire, regimiento el mas temible de todos, situado en la extrema derecha, marcha á paso de carga bajo el fuego de metralla y fusilería, y obliga á la infantería austriaca á replegarse. Toda la division apoya al 57.º, y á medida que los demás regimientos formados en otras tantas columnas cerradas, llegan á tiro del enemigo, se paran á hacer fuego, luego vuelven á avanzar, y ganan terreno sobre las tropas que tienen al frente. Las dos divisiones de Oudinot, toman puesto á su vez en aquel movimiento ofensivo, y comunicándose bien pronto el impulso á toda la línea, estrechados vivamente los austriacos, empiezan á retirarse en desorden. Al ver esto el archiduque Carlos, como todos los capitanes indecisos por tomar un partido, que son valientes en el campo de batalla, demuestra la abnegacion propia de un príncipe heroico: acude en persona á evitar la catástrofe que amenaza á su centro. Por un lado manda á los granaderos que estaban en Breitenlée que se acerquen; por otro ordena á Bellegarde que



vuelva á dirigirse de Aspern hácia Essling, para reforzar el centro de su línea, y mientras no ejecutan estas órdenes, coge en la mano la bandera del regimiento de Zach, al cual conduce adelante. Sus oficiales mas valientes son heridos á su lado, especialmente el conde de Colloredo, á quien vió caer bajo aquel fuego espantoso y á quien estrechó la mano con dolor.

Lannes, que lo mismo que él está á la cabeza de sus soldados, prosigue su marcha ofensiva, y al ver á la infantería austriaca en movimiento, lanza sobre ella á Bessieres con los coraceros. Estos se precipitan sobre el cuerpo de ejército de Hohenzollern, desbaratan varios cuadros, y cogen soldados, cañones y banderas. Tocamos ya á Breitenlée, punto en que el archiduque habia colocado su reserva de granaderos, y no dudando Lannes del éxito, envía á Napoleon el oficial de estado mayor César de Laville, para que le informe de sus progresos, pidiéndole proteja su retaguardia, mientras que subiendo por aquella llanura, va á dejar un espacio tan vasto entre su cuerpo y la aldea de Essling.

César de Laville corre á toda prisa para llevar al emperador aquel parte, y le encuentra en un sitio llamado el Tejar (1), entre Essling y Aspern, presenciando con frialdad aquel grande espectá-

(1) El general César de Laville, excelente oficial oriundo del Piemonte, dotado de tanta energía como talento, y digno bajo todos aspectos de su valerosa nacion, ha muerto recientemente en Francia, donde se habia establecido. De su propia boca he recogido las pormenores que refiero aqui, y para estar mas seguro de mi memoria, le rogué me los escribiese, lo cual hizo en 1844 desde

culo, cuya formidable direccion corria á su cargo. Napoleon no manifiesta al oír el relato que le hace César de Laville la satisfaccion que debiera sentir, á causa de un nuevo contratiempo que acababa de suceder. Despues de esfuerzos inauditos por parte de los generales Bertrand y Perneti para mantener corriente la comunicacion entre las dos orillas del Danubio, la creciente cada vez mayor, los árboles arrancados de raiz, los barcos hinchados con la elevacion de las aguas, y los molinos inflamados que arrojaba el enemigo, causaron al fin la ruptura completa del puente grande, establecido entre Ebersdorf y la isla de Lobau. Aquella ruptura ocurrió en el momento en que se preparaban á desfilas seis brillantes regimientos de coraceros, las dos divisiones del mariscal Davout y los arcones de la artillería, habiendo escuadron de coraceros que dividido en dos fué arrastrado en las barcas por la corriente, yendo á parar, unos hácia la derecha y otros hácia la izquierda. Sin embargo, no era la privacion de tropas lo que mas

San Salvador, en una carta curiosa de veinte y cuatro páginas, que he conservado como un monumento histórico interesante. Tambien me he valido de un documento no menos curioso, de Mr. Baudru, ayudante de campo del mariscal Bessieres, que ha tenido la bondad de escribirme igualmente todo lo que él vió. Otros pormenores los he recogido de boca del mariscal Molitor, el general duque de Mortemart, el general Petit, el general Marbot, y el mariscal Reille, presentes todos ellos en Essling y Wagram, y he completado con sus noticias la multitud de documentos manuscritos que obran en el archivo de la guerra. Por lo demas me he limitado siempre á los pormenores que eran auténticos completamente.



debía sentirse, pues los sesenta mil hombres que habían pasado en los dos días anteriores eran suficientes, sobre todo con el empuje dado, para arrollar al ejército austriaco; sino la privación de municiones, porque ya se había consumido una cantidad prodigiosa, y pronto debían faltar.

Cuando Napoleón sabe por Mr. de Mortemart esta triste noticia, demasiado prudente quizá después de haber sido demasiado temerario, teme verse privado de pronto de municiones en aquel vasto campo de batalla, y no tener que oponer al enemigo sino bayonetas y sables. También teme estando como estaban comprometidas en el trance todas las tropas, y no teniendo sino la guardia de á pie y los fusileros para proteger la retaguardia del mariscal Lannes, verse sin recursos contra un cambio repentino de fortuna, cambio que sería desastroso al borde del abismo á que estaba arriado. Resuélvese pues, á un sacrificio doloroso, y renuncia á una victoria segura casi, por no exponerse á riesgos que la prudencia no permite arrostrar. Tomado en un instante este partido tan cruel con la resolución propia de un buen guerrero, Napoleón ordena á Mr. de Laville que vuelva con la misma celeridad que ha venido al lado del mariscal Lannes, y le diga que suspenda su movimiento y vaya replegándose poco á poco, sin alentar demasiado al enemigo, sobre la línea de Essling y Aspern. Le encarga también que economice las municiones, pues no tardarán en hacer falta (1).

(1) En una carta curiosa dirigida al mariscal Davout en medio de la batalla, dice el mayor general Berthier

Al recibir esta orden Lannes y Bessieres, se ven obligados aunque con gran sentimiento, á pararse en medio de aquella llanura inmensa del Marchfeld, inundada de fuegos. El archiduque, acosado tan vivamente hácia Breitenlée, ve que nuestras columnas se quedan inmóviles de pronto, sin poder explicarse la causa, y se aprovecha de aquel momento de respiro para volver á conducir de derecha á izquierda parte del cuerpo de Bellegarde, y formar en fila detrás del cuerpo de Ho-

que á las diez de la mañana faltaron municiones. Citamos esta carta, que da á la jornada su verdadero y siniestro carácter.

*El mayor general al duque de Awerstædt, en Viena.*

«Orilla izquierda del Danubio, á la cabeza del puente, 22 de mayo de 1809 á las doce y media.

«La interrupción del puente nos ha impedido renovar las provisiones, y á las diez ya no teníamos municiones. El enemigo lo advirtió, y volvió á marchar sobre nosotros, causándonos mucho daño con doscientas bocas de fuego, á las que desde dicha hora no podíamos contestar.

«En tal estado de cosas, es sumamente importante componer los puentes, enviarnos municiones y víveres, y vigilar á Viena. Escribid al príncipe de Ponte-Corvo que no se comprometa en Bohemia, y al general Lauriston que se disponga á acercarse á nosotros. Ved á Mr. Daru á fin de que nos envíe artículos para los hospitales ambulantes y toda clase de víveres.

«Al punto que el puente esté listo, ó esta noche, venid á avistaros con el emperador.

ALEJANDRO.»



henzollern los diez y seis batallones de granaderos que formaban su reserva, además de una masa enorme de artillería, pues poseía cerca de trescientas bocas de fuego, y podía reunir doscientas en aquel punto tan amenazado. Repuesto así de su primera alarma, mandó dirigir sobre Lannes un cañoneo espantoso. La división Saint-Hilaire, más avanzada que las otras dos, y colocada en el aire por decirlo así, recibe de frente y por el costado un fuego de metralla continuo, pero retrocede lentamente con la serenidad natural en regimientos veteranos de que se compone, y en un jefe tan caballeresco como Saint-Hilaire. Por desgracia este valiente oficial, antiguo amigo de Napoleón, cae herido de muerte de un balazo: su división, traspasada de dolor, se mantiene firme sin embargo; Lannes acude á reemplazar á Saint-Hilaire, y á traerle su división á un sitio menos espuesto. Retrocede, pero como un león al que es peligroso perseguir, pues los cuerpos que quieren estrecharle de cerca sufren duras cargas á la bayoneta, y son rechazados con violencia. Pasando de la división Saint-Hilaire á las dos de Oudinot, Lannes las conduce con el mismo vigor delante de un adversario á quien nuestra retirada ha llenado de confianza. Desgraciadamente los soldados de Oudinot sufren más que los otros por no haber querido el jefe desplegar en frente del enemigo tropas tan hisoñas: formados en columna muy cerrada, pierden con las bombas filas enteras.

Poco á poco va trayendo Lannes su línea á la altura del foso que se estiende desde Essling hasta Aspern, y que presenta una especie de abrigo detras del cual puede ponerse á cubierto su infan-

tería. Su artillería, aunque inferior en número y provisiones á la del enemigo, es la única que queda en la parte saliente de aquel foso, á fin de contener el movimiento de las columnas austriacas que avanzan para hacer una tentativa desesperada. Con efecto, se ve al cuerpo de Hiller y á parte del de Bellegarde volver sobre Aspern, á las dos columnas de Rosenberg acercarse de nuevo á Essling, y en fin el cuerpo de Hohenzollern reunido, reforzado con parte del de Bellegarde, los granaderos y la caballería de Liechtenstein, preparar contra nuestro centro un esfuerzo como el que Napoleón ha intentado sobre el centro de los austriacos.

Efectivamente, sobre nuestro centro se dirige desde luego al parecer la tormenta, pues el cuerpo de Hohenzollern, los granaderos y la caballería de Liechtenstein avanzan formando una masa compacta. Napoleón lo advierte, lo avisa á Lannes que también lo ha echado de ver, y ambos piden á la división Saint-Hilaire, á las divisiones de Oudinot, y á la caballería, que se sacrifiquen otra vez por salvar el ejército. Lannes, disponiendo en primera línea las divisiones Saint-Hilaire, Claparede y Tharreau, en segunda los coraceros y en tercera la guardia antigua, deja acercar la masa espesa del cuerpo de Hohenzollern y los granaderos hasta medio tiro de fusil. En seguida ordena un fuego de fusilería y metralla, ejecutado de tan cerca y con tanta puntería, que bien pronto se ve clarearse las filas del enemigo. Luego lanza los coraceros á escape sobre la infantería austriaca, que cediendo en varios puntos, se entrea brecha como una pared en la que se ha abierto brecha. El valero-



so príncipe de Liechtenstein precipítase á su vez con su caballería sobre la de Bessieres; pero Lassalle y Marulaz vienen con sus cazadores y sus husares á socorrer á nuestros coraceros, y aquel vasto terreno no presenta bien pronto sino una confusión inmensa de quince mil caballos franceses y austriacos, dándose cargas con furia unos contra otros, unidos cuando se lanzan á la pelea, desunidos cuando vuelven; y formándose sin cesar para cargar de nuevo.

Después de aquella larga refriega, el movimiento del enemigo sobre nuestro centro parece como suspendido, y el cuerpo de Hohenzollern, como paralizado se detiene en frente del paredon que se estiende de Essling á Aspern. Nuestra artillería desmontada en parte, queda en el borde del foso, disparando con puntería pero con lentitud á causa de la escasez de municiones, y espuesta al fuego de mas de doscientas piezas de cañon. Nuestros infantes se resguardan en el foso, y nuestra caballería, formando una cortina detrás y llenando el hueco que existe entre Essling y Aspern, sufre con admirable impassibilidad un cañoneo incesante. Así lo exige la imperiosa necesidad: es preciso mantenerse firme hasta la noche, sino se quiere ser arrojado en el Danubio que sigue creciendo. En aquel momento viene á caer sobre el ejército una desgracia terrible: mientras que Lannes corre á galope de un cuerpo á otro para sostener el valor de sus soldados, un oficial, al verle espuesto á tantos peligros, le ruega eche pie á tierra para no ser el blanco de los tiros. Sigue este consejo, aunque muy poco acostumbrado á mirar por su vida, y como si el destino fuera un sobera-

no á cuyo poder nadie se escapa, en el mismo instante una bala de cañon le rompe las dos rodillas. El mariscal Bessieres y el gefe de escuadron César de Laville lo recogen anegado en sangre y casi desmayado. Bessieres, á quien habia tratado muy mal la víspera, le estrecha la mano desfallecida, pero volviendo la cara por temor de ofenderle con su presencia. Tiéndesele sobre la capa de un coracero, y lo trasportan por espacio de media legua hasta el puente pequeño, donde habia un hospital ambulante. Esta noticia, sabida á poco en todo el ejército, siembra en él una tristeza profunda; pero no es tiempo de llorar pues el peligro se acrecienta por momentos.

Los esfuerzos del enemigo, contenidos en el centro, se vuelven con furia sobre las alas, contra Aspern y Essling. Por la parte de Aspern, los generales Hiller y Vacquand dirigen ataques repetidos contra esta malhadada aldea, que no es ya sino un monton de ruinas y cadáveres: allí no se camina sino sobre escombros, vigas ardiendo ó moribundos, cuyos padecimientos nada importan en vista del peligro que á todo el mundo amenaza. Los tiradores de la guardia, que Napoleon habia confiado á Massena, á pesar de su juvenil ardor y de los oficiales veteranos que los mandan, son empujados fuera de la aldea. Legrand al punto con los restos de su division, y Carra Saint-Cyr con la mitad de la suya, recobran aquel monton de humeantes ruinas á la vista de Massena, que está en medio de ellos agobiado de cansancio, pero haciéndose superior á la flaca naturaleza con su fuerza de alma. Legrand, encargado de ejecutar sus órdenes, se presenta en todas partes, con la copa



del sombrero arrancada por una bala de cañon , y obligado muchas veces á recurrir á la espada para alejar de su pecho las bayonetas enemigas. En la izquierda, Molitor arroja en el brazo de agua, detrás del que están apostados á los austriacos que quieren invadir el islote. Gracias á esta heroica resistencia, Aspern queda por nosotros; pero el archiduque alimenta todavía una esperanza, la de tomar á Essling. Manda envolver esta posicion por las dos columnas de Rosenberg , y dirige con los granaderos, á quienes conduce en persona, un ataque furioso sobre el centro mismo de la aldea. Bessieres, que ha reemplazado á Lannes, ve el nuevo peligro , y se ocupa en pararlo. Napoleon queriendo socorrerle, le envia los fusileros de la guardia , tropa soberbia , formada durante las campañas de Polonia y España, y rayando en esa perfeccion que se encuentra entre una juventud estremada y una vejez estremada tambien. El encargado de mandarlos es el general Mouton, á quien dice el emperador: «Valiente Mouton , haced un esfuerzo por salvar al ejército; pero acabad de una vez, porque despues de los fusileros, no tengo mas que los granaderos y los cazadores de la antigua guardia, ultimo recurso que es necesario no emplear sino en un desastre.» Mouton parte, y se dirige sobre la izquierda de Essling, donde el ataque de los granaderos austriacos parecia mas de temer. Bessieres, situado mas cerca de los sitios, ve el peligro á la derecha , entre Essling y el Danubio , y no vacila en cambiar la direccion indicada por el emperador , enviando parte de estos cuatro batallones á Essling, y parte á la derecha entre la aldea y el rio. Este socorro era urgente, pues de fren-

te se veia amenazado Essling , por los granaderos, y en la derecha por las columnas de Rosenberg, dispuestas á pasar entre Essling y el Danubio. El general Boudet era el que defendia á Essling desde la vispera: cinco veces habian vuelto al ataque los granaderos conducidos por el feld-mariscal de Aspre, y otras tantas habian sido rechazados, ya por el juego de fusilería, ya por cargas á la bayoneta. No obstante, en la derecha de la aldea, que defendia muy poca gente, el enemigo cogió la vuelta á Boudet, y envuelto éste por una de las dos columnas de Rosenberg , se vió obligado á retirarse á un granero, vasto edificio almenado como una fortaleza. Manteniase allí con una tenacidad indomable; pero asaltado por todas partes, iba á sucumbir cuando llega Mouton con los fusileros de la guardia. Aquella brillante juventud arrebató á los granaderos de Aspre , parte de la aldea , y detiene á los soldados de Rosenberg á lo largo del espacio que se estiende hasta el Danubio. Sin embargo, este primer acto de energía no es suficiente contra un enemigo cuatro veces mas numeroso, y resuelto á intentar los postreros esfuerzos por conseguir su fin; pero Raap acude con otros dos batallones de esos mismos fusileros , y propone al general Mouton den una carga general á la bayoneta. Apretándose la mano los dos , adoptan este modo de acabar de una vez, y caen sobre los austriacos con bayoneta calada. Tan fuerte es el choque que al instante los arrollan de un extremo á otro de la aldea, empujan á los soldados de Aspre sobre los de Rosenberg , y los rechazan á todos hasta mas allá de Essling. Al mismo tiempo la artillería de la isla de Lobau cogiendo en banda á las masas que